

CURSO PARA FORMADORES – Palencia 1995
TRANSMISIÓN DEL CARISMA COMBONIANO
EN LAS VARIAS ETAPAS FORMATIVAS
P. Carmelo Casile

1. Situación

La formación tiene que ser como un periodo de iniciación, que se desarrolla mediante una terminología, unos símbolos, unos mitos, unas actuaciones, etc.

Este desarrollo iniciático corresponde a las expectativas de los jóvenes, los cuales, más que oír nociones abstractas, tratan de acercarse a un ideal encarnado en personas y estilos de vida concretos. Daniel Comboni, con su carisma que parte del Corazón Traspasado de Jesús Buen Pastor y se dirige al "centro" de Africa; sus primeros compañeros; el actual estilo de vida del Instituto Comboniano, reflejado en la RV, en los Capítulos Generales, etc., constituyen juntos puntos de referencia insubstituíbles, que dinamizan el proceso de formación.

En este proceso, la figura de Comboni, presentada a los jóvenes como mediación específica para captar el sentido de su vocación misionera y encarnarlo en lo cotidiano de la vida (RV 20), poco a poco se convertirá en símbolo de su propia entrega, interiorizando así y profundizando gradualmente en el carisma del Instituto Comboniano.

Frente al camino formativo en acto, nos preguntamos: ¿Cuál es la relación jóvenes aspirantes - Comboni - Carisma? Un intento de respuesta lo encontramos en las Actas del Curso Monográfico "El carisma comboniano en Europa", realizado en Palencia en 1994(cf p. 113).

Respecto a la figura de Comboni, se habla aquí de la necesidad de una introducción a la vida del Fundador de una manera más global, que integre la totalidad de las dimensiones de la vida del joven (espiritual, afectiva, práctica).

Respecto al proceso de iniciación en su conjunto, se subraya de que esta iniciación tiene que ser:

- más orgánica o sistemática, evitando de omitir aspectos o de reiterarlos en demasía;
- más encarnada, o sea mediada por parte del formador como del Instituto como tal.

Se termina afirmando que una iniciación encarnada es posible cuando el Instituto vive en estado de continua conversión en fidelidad al carisma heredado. Esta última constatación corresponde a otra semejante, hecha en la Asamblea Intercontinental de México '93, que mereció una Carta de la Dirección General al Instituto.

2. Puntos de referencia para una introducción más orgánica en la experiencia del carisma comboniano

Para lograr una introducción más global en la experiencia del carisma comboniano para entrar en ella y seguir creciendo durante toda la vida (RV 85), es necesario organizar una acción formativa alrededor de unos principios, válidos para el desarrollo de cualquier experiencia espiritual:

- totalidad e integración de las dimensiones constitutivas de la persona;
- gradualidad y continuidad de la experiencia;
- globalidad de la experiencia.

2.1 Totalidad e integración de las dimensiones constitutivas de la persona (cf RV 83, RF 207, 212)

Ante todo hay que tener bien claro que en cada momento del camino formativo el don de la vocación se abre camino a través de todas las capas de nuestro ser humano, hecho de cuerpo, alma y espíritu (cf 1 Tes 5, 23), sin olvidar que el punto de convergencia de estas dimensiones es el *corazón*.

El camino o experiencia es espiritual cuando, sin descuidar las exigencias del cuerpo y capacidades biológicas y las motivaciones psíquicas, tiene en cuenta objetiva y específicamente motivaciones de fe o de relación con Dios y sus correspondientes mediaciones: Comboni, Padre y Fundador y el Instituto como heredero del carisma de Comboni.

Toda experiencia de orden espiritual tiene lugar en la realidad bien concreta de un 'yo' involucrando su cuerpo, su sensibilidad, su inteligencia, su voluntad, su corazón.

La experiencia espiritual consiste en un hecho de fe, percibido por unas mediaciones en la Iglesia (RF 215), que se hace presente en el corazón y en la raíz de mi ser, se manifiesta en el centro de mi realidad humana como el sentido único de mi vida y se convierte en fuente (o razón) de mi existencia o un poder inmanente que me lleva hasta el objeto de esta: la consagración a Dios para la misión (cf RV 56).

Este poder inmanente a mi ser humano se manifiesta en mi cuerpo con sus capacidades operativas, sensitivas, en mi alma con sus dinamismos psico-afectivos y en mi espíritu, donde convergen las operaciones más altas de mi alma y se elabora el sentido pleno de mi vida. Ese mismo poder impulsa mi propio ser hacia la realización de una síntesis armoniosa entre cuerpo - alma - espíritu, que define mi personalidad carismática (cf 1 Tes 5,23).

En todo esto hay un riesgo que consiste en acentuar un aspecto del ser humano en perjuicio de los otros: por ejemplo, subrayar de la persona y del carisma comboniano sus *dimensiones operativas*, que llevan a la acción inmediata; subrayar lo que conmueve en determinadas circunstancias, tomando como profundidad o radicalidad lo que de hecho no es más que *intensidad emotiva*, pero sin dejarse 'afectar' en la profundidad del corazón; subrayar el *estudio*, pero sin conexión con el ser profundo, sin dejarse involucrar en un compromiso con los desafíos de la misión hoy, sin un esfuerzo personal generoso orientado a conectar con cuanto sucede alrededor (en el mundo, en la Iglesia).

Meta del proceso formativo es llevar al joven a empezar este camino de interiorización del carisma comboniano en el profundo de su persona, poniéndolo en una situación de conversión permanente que abarque sus energías físicas, su afectividad, su inteligencia, su voluntad, su relación con las realidades terrestres (RV 207).

2.2 Gradualidad y continuidad de la experiencia (cf RV 81-82, 85, RF 210)

Al proponer a sus discípulos que fuesen perfectos como su Padre es perfecto, es decir un ideal que no se puede alcanzar, Jesús nos enseña a avanzar paso a paso, aceptando con serenidad que en el camino espiritual se dan *pasos y no saltos*. Así Jesús nos enseña que no es una imperfección no ser todavía perfecto cuando se está en camino. Es una realidad que hay que aceptar, pues el grado de perfección no se juzga en función del ideal a alcanzar, sino en función del punto de partida claro y decididamente deseado (cf RV 20).

En efecto, este caminar progresivo no es ritmado desde afuera (= los ideales vividos en el Instituto Comboniano), sino desde dentro, por el dinamismo del Espíritu divino, pero es al mismo tiempo un caminar que se hace al ritmo del tiempo y con las medidas del espacio (cf RV 20, 81-82, 85) en el marco del camino del Instituto. Por tanto, no se trata de quedar involucrado en un ideal fijado por adelantado, sino de captar en que dirección, hacia que ideal, nos empuja el dinamismo interior que viene del más profundo de nuestro ser y que es el fruto del Espíritu que vive en nosotros. Para nosotros esta dirección esta indicada en el n. 81 de la RV.

Este dinamismo vivido en un camino de fe y de continua conversión (cf RV 82.1), se va convirtiendo en experiencia humana, en percepción de la presencia y acción de este ideal como don divino, que guía mi vida y se va haciendo cada vez más “mío” y yo más “suyo”.

Cuando se ha llegado a una experiencia espiritual muy profunda (o cuando si vive con una cierta superficialidad), es fácil olvidar las etapas recorridas y la dificultades encontradas. Sin embargo, para ayudar a los que empiezan a caminar, hay que tomar constantemente conciencia del camino recorrido, de los obstáculos encontrados, de las caídas y de las vueltas a la ruta. El maestro que reflexiona continuamente sobre su propia experiencia y de los demás, llega a adquirir el sentido del progreso y de las etapas en el camino espiritual. Se dará cuenta entonces que las etapas son diferentes de una persona a otra, diferente también el ritmo del caminar.

En este asunto de gran complejidad, la tradición cristiana nos ofrece como marcos de referencia las leyes del progreso, que permanecen prácticamente constantes en todas las experiencias espirituales, permaneciendo a la vez atentos al itinerario personal de cada uno. Esta atención al itinerario personal de cada uno es posible cuando el guía es capaz de rehacer el camino con los que empiezan y con los más adelantados.

Cuando el guía se contenta con llamar y animar desde sus alturas, se manifiesta incapaz de volver a bajar de su pedestal para ayudar a quien tiene dificultades al comienzo del camino. Este comportamiento del guía puede provocar en el discípulo la necesidad de orientarse en el camino por si mismo, a veces tratando de evadirse de las dificultades en lugar de enfrentarlas y superarlas, otras veces entrando en un estado de estancamiento y pasividad, y otras veces tomando la actitud de uno que ha llegado ya al ideal sin saber cómo o dónde en realidad está...

El verdadero guía espiritual, por muy alto que esté, no olvida el camino y sus etapas. Sabe donde están los pasajes peligrosos. Sabe como atravesarlos o darles la vuelta. Todo el percurso es grabado profundamente en su memoria y en su ser. Quizás no tenga siempre conciencia de ello, pero llegado el momento, cuando camina con su discípulo, aparece de nuevo su experiencia. Puede entonces aconsejar, animar y sostener en los momentos difíciles. Esto quiere decir que el guía debe vaciarse de su propia experiencia y olvidar la altura en que ha llegado; vacío de sí mismo, estará totalmente abierto a la experiencia de los demás.

Nunca el maestro puede perder de vista que a cada período del desarrollo humano corresponde una etapa de la marcha hacia la perfección. Dios a nadie pide una determinada etapa antes del tiempo. El mismo Jesús guió y acompañó a sus discípulos respetando la gradualidad del camino. En efecto, no les pidió que fuesen perfectos desde el comienzo, sino sencillamente que fuesen a ver dónde vivía, seguirle, y luego mirar y escucharle. Coge a cada uno allí donde está y lo lleva adelante respetando la gradualidad de su caminar. Jesús respetó la lentitud de cada uno, porque él mismo caminó en su experiencia humana. El autor de la Carta a los Hebreos habla varias veces sobre el camino de Jesús hasta su terminación. Solo al final de su vida tuvo conciencia de la totalidad de su experiencia, a la cual llegó recorriendo un camino duro (cf He 5,8-9).

Nuestra RV al proponer la orientación fundamental de la formación, propone el *principio de gradualidad*, presentando la formación como una tarea de base y permanente del misionero, cuya finalidad es hacerse cada vez más capaz de ponerse al servicio del Reino de Dios, avanzando en la sublimidad del conocimiento de Jesús, mediante un camino de fe y de continua conversión (cf RV 83, 83.1, 85). Por su lado, la RF (210) señala que en el camino formativo la gradualidad y la continuidad se efectúan proponiendo los valores progresivamente mediante objetivos, metas, medios y contenidos adecuados a la edad, exigencias y madurez de la persona.

2.3 Globalidad de la experiencia (RF 210)

Para asimilar la riqueza del carisma en el fondo de uno mismo, es indispensable un *conocimiento básico equilibrado*, que cubra los aspectos esenciales de la experiencia espiritual (= aspectos

psicológicos, teológicos, morales y espirituales) y un *conocimiento específico* que abarque las dimensiones esenciales del carisma, de tal manera que se llegue a una experiencia en su globalidad. La globalidad de la experiencia se articula en el desarrollo de toda la persona a través de un proceso de crecimiento integral humano y cristiano y del preparación intelectual, profesional, misionera y pastoral (RF 210). Quizá actualmente existe la tendencia a privilegiar la acción y a elegir sistemas de pensamiento de gusto personal, descuidando el camino ascético y los conocimientos en orden a la experiencia espiritual; conocimientos que deben ser interiorizados mediante la ascesis.

Se encuentran jóvenes candidatos que tienen una actividad misionera muy entusiasta; parece que han nacido misioneros, pues no parecen muy interesados en hacerse hombres y misioneros, más equilibrados psico-afectivamente, instruyéndose y profundizando en la vida espiritual; parece que han perdido de vista que la vida no es solo acción ni solo sistema de pensamiento, sino crecimiento espiral, volviendo a los centros vivificadores. Sin embargo, el formador es el encargado de transmitir una tradición espiritual, que el candidato tiene necesidad de conocer e integrar en su interioridad y que tendría dificultad en hacerlo por sí mismo.

La RF señala los elementos básicos para la experiencia espiritual (169-206) y los elementos específicos respecto al carisma comboniano (141-147, 32-95). La integración de estos dos conjuntos de elementos en el camino formativo, pone en marcha una experiencia espiritual, que tiene asiento seguro, porque lleva a adquirir una identidad humano-cristiana, en vinculación a la Historia de Salvación, es decir en vinculación al misterio de Dios revelado en la persona de Jesús, a la historia de la Iglesia y al carisma del Instituto Comboniano, en favor de la humanidad entera (cf RV: introducción histórica y preámbulo).

Nota: Realidad de la experiencia espiritual

La expresión "experiencia espiritual" puede suscitar dudas, sobretudo en medio de personas de actividad, como somos los misioneros. Ahora bien, cuando se habla de experiencia espiritual ante todo hay que fijarse en el hecho de que se trata de una dimensión de la experiencia humana. Ninguna experiencia tiene lugar fuera de la realidad de la persona humana, que es realidad física, psíquica e intelectual: me es imposible salir de esta realidad que soy yo.

En la experiencia humana, la dimensión o experiencia espiritual es la percepción, la presencia o la acción del Espíritu de Dios. Esta realidad divina que está presente en el corazón y en la raíz de mi ser, es lo que da una dimensión espiritual a mi existencia. No se manifiesta más allá de mi realidad humana sino en su mismo centro. Esta realidad espiritual, puedo considerarla como fuente de mi existencia o como poder inmanente que me lleva hacia el objeto de esta. Este poder inmanente a mi ser humano se manifiesta en mi cuerpo, en mi sensibilidad, en mi inteligencia. Está presente en todas partes y del tal modo que hace falta una agudeza extraordinaria de visión para distinguirla de los componentes físicos, psicológicos e intelectuales de mi persona en su ser realidad concreta.

Por tanto, la experiencia espiritual es el resultado de una convergencia de fuerzas, de tal forma que lo psíquico está impregnado de lo espiritual y lo espiritual encerrado en lo psíquico. La experiencia espiritual nace del encuentro armonioso entre la dimensión espiritual y la psicológica del ser humano y constituye el centro dinámico que da sentido a la existencia humana. Dios manifiesta su acción actuando en nuestros mecanismos psicológicos, respetando al mismo tiempo la autonomía de la realidad humana, física, psicológica e intelectual: Dios nos ha hecho de tal modo que tengamos autonomía, en dependencia de su Espíritu.

3. El carisma comboniano en las fases del proceso formativo

3.1 Núcleo y componentes del carisma comboniano

La propuesta del carisma comboniano se convierte en guía segura de la experiencia formativa, cuando es clara, gradual y completa durante el proceso educativo. Para eso hay que distinguir el *núcleo* del carisma de sus *elementos concomitantes*. En efecto podemos imaginar el carisma como un círculo, con su centro

y su parte periférica. Su centro constituye el núcleo del carisma y la parte periférica determina la espiritualidad y el estilo de vida, que convergen en un servicio misionero preferencial y en una particular metodología misionera. Es el esquema que encontramos en la RF, la cual describe:

- el carisma comboniano poniendo en evidencia su núcleo: 32-53;
- la espiritualidad comboniana: 56-79;
- el estilo de vida: 80-85;
- la opción preferencial y la metodología: 86-96.

A. *El núcleo del carisma*

El núcleo del carisma es algo "trans-histórico" que Comboni vivió en el Espíritu y nos transmitió, trascendiendo el tiempo y el lugar de su origen. Ese núcleo se convierte en el alma, el espíritu interior, la motivación de vida y de apostolado del Instituto (cf RF 216-217).

En este núcleo hay un término "*a quo*", de donde nace el carisma y un término "*ad quem*", hacia el cual se dirige el carisma. El núcleo del carisma de Comboni es evangelizar los más abandonados de la Iglesia y, por tanto, la *misión* constituye el término "ad quem". El término "a quo", de donde viene el carisma de Comboni, es *el Corazón de Jesús*, Buen Pastor: la Pasión de Jesús por el Africano pasa por el corazón de Comboni, dispuesto a entregar su vida con Jesús hasta el martirio: Comboni deja que el amor de Jesús lo lleve al Africano, lo convierta en Corazón de Jesús por el Africano.

El manantial y la meta última del carisma en sus términos "a quo" y "ad quem" es la '*eternidad*'. En efecto, el carisma es la apertura hacia la eternidad, la trascendencia. Perdiendo de vista la eternidad, el carisma carece de su sentido último y el misionero queda abocado a una especie de vacío y aislamiento intolerable (cf Reglas 1871, Cap. X, MDC 257).

En efecto, la misión no es una filosofía de la vida o una aventura filantrópica respecto a los problemas humanos, sino una oferta de salvación, presencia del Amor Absoluto, que produce la alegría propia del Reino, al constatar que es presencia regeneradora del hombre oprimido. El misionero participa de esta alegría sintiéndose amado y enviado por Dios en su trabajo. Hacer presente el Amor regenerador de Dios en medio de los últimos de la tierra y experimentar ese mismo amor en la propia vida, es trabajar para la eternidad.

Por tanto, trabajar para la eternidad no significa que nos entregamos a la misión para comprar la felicidad eterna para nosotros y para los demás, sino que nos entregamos a la misión sabiendo que las únicas manos buenas son las manos de Dios, Amor 'fontal' y final de cada vida humana: tengamos éxito en la misión o fracaso, el Padre está con nosotros y sale garante de su Reino. Sin la *dimensión escatológica*, la misión quedaría incompleta, como una casa sin techo.

La RF describe el núcleo del carisma comboniano en los nn. 32-47. Este núcleo en sus términos "a quo" y "ad quem" y en su dimensión escatológica tiene que estar presente con claridad desde el comienzo y a lo largo de todo el proceso formativo y convertirse en el *cordón umbilical* que nos une permanentemente al Espíritu, que nos 'con-voca' mediante Comboni en el Instituto por él fundado.

En efecto, cuando se siembra una semilla "seleccionada", hay fundada esperanza que brote, eche raíces y se convierta en la planta deseada hasta producir abundantes frutos. La respiración continua del núcleo del carisma comboniano pone y mantiene en movimiento todas las dimensiones de la persona, haciéndolas converger en la formación de la personalidad comboniana, que es la meta del camino formativo.

B. *Elementos concomitantes del carisma*

El núcleo del carisma determina la *espiritualidad* y el *estilo de vida*. La RF los describe en los números 56-85. En efecto, conectarse con el núcleo del carisma comboniano mediante el don del Espíritu significa que uno hace su experiencia espiritual (de Dios, de sí mismo, del mundo) según la propia vocación, significa que esta vocación determina y marca nuestro ser y hacer en la Iglesia. Así

el núcleo del carisma se desarrolla convirtiéndose en espiritualidad, la cual vivifica constantemente nuestro empeño de vida, hecho de actividades, ideas, ilusiones, proyectos...

Nuestra espiritualidad comboniana es constituida por un conjunto de motivaciones profundamente evangélicas, que nacen del núcleo del carisma, constituyen la base de nuestra identidad y dan sentido a nuestra fidelidad y a nuestro empeño en la Iglesia. Esta espiritualidad vivida *intensamente* se convierte en experiencia mística.

En la elaboración de la espiritualidad, el termino "a quo" y "ad quem" del núcleo del carisma permanecen unidos el uno al otro, de tal manera que el Corazón de Jesús es la fuente de la misión, y la misión a su vez se refleja en el Corazón de Jesús, haciendo resaltar sus sentimientos de Buen Pastor (cf RV 3; 3.2-3). En efecto, el término "a quo" del carisma convierte el misionero en discípulo de Jesús, vinculándolo a su persona y compartiendo su misión, no como una causa que le convence, sino como obediencia de fe (cf RV 21); obediencia de fe, que brota de un profundo sentimiento de Dios y de la certeza de la vocación (RV 20).

Por otra parte, el termino "ad quem", o sea la misión, configura el *estilo de vida* del discípulo, pues la existencia entera se queda marcada por la misión y se hace signo del Reino que viene (cf RV 58). Espiritualidad y estilo de vida convergen en un servicio misionero preferencial y en una particular metodología misionera: RF 86-96.

3.2 Propuesta del carisma comboniano en las diversas fases del proceso formativo

La RF propone un proceso formativo orgánico (cf 142-143) que se desarrolla alrededor de dos bloques:

- principios generales y metodología;
- fases del proceso formativo.

En el primer bloque propone las motivaciones fundamentales y la dinámica general de la formación en el Instituto, señalando:

- el punto de salida: el carisma comboniano como epicentro o prisma del cual irradia el proceso formativo: 32-95; 216;
- la meta: la identificación misionera comboniana: 141-147;
- los objetivos en orden a la meta a alcanzar: los valores: 207-235;
- las estructuras de apoyo a nivel general y local: 236-270.

Este primer bloque, elaborado como irradiación del carisma comboniano, necesita ser traducido en plan concreto de acción para personas en lugares, tiempos y situaciones bien concretas y diferentes unas de las otras.

Para hacer posible el paso de los principios generales al plan concreto, la RF en el *segundo bloque* propone unas indicaciones específicas para las varias fases, desde la promoción vocacional (97-140) hasta la formación de base y permanente (261-545).

Con respecto al carisma comboniano, la RF da sus indicaciones para cada fase formativa a partir del fin primario de la formación, que consiste en permitir a los candidatos de *descubrir, asimilar y profundizar* la propia identidad vocacional (142). Estas tres actividades son complementarias y hay que armonizarlas entre sí de tal manera que estén presentes durante todo el arco del proceso formativo; en efecto, *antes* hay que descubrir para *después* asimilar y profundizar.

Aplicando este principio al carisma comboniano, la RF nos propone la siguiente dinámica, que se desume de las indicaciones específicas para cada fase:

- hay que permitir a los candidatos de descubrir el carisma comboniano al *comienzo* del camino formativo;
- los candidatos deben continuar descubriendo y empezar a asimilar el carisma comboniano en el *Postulantado* y sobretodo en el *noviciado*;
- deben continuar descubriendo, asimilando y empezar a profundizar en el *escolasticado*;
- deben continuar profundizando *toda la vida* sin olvidarse de continuar a descubrir...

A. *Promoción vocacional*

1. *Pre-adolescentes y adolescentes: 109-110*

Esta fase tiene como objetivo la propuesta y el conocimiento de la vocación comboniana sobretudo a través del contacto directo con los misioneros.

Prevalece en esta fase el "descubrir" (ven y ve), pero no teóricamente sino mediante el mensaje "testimonial" de la vida del misionero promotor y del Instituto: el carisma comboniano es descubierto "presente" en personas y en comunidades concretas.

2. *Seminario menor y formas alternativas: 115 y 119.7*

Esta fase tiene como objetivo la propuesta clara de la vocación comboniana en sus expresiones específicas: sacerdote o hermano.

También en esta fase prevalece el "descubrir" mediante el mensaje "testimonial" dado por la identificación de los miembros del equipo formador/promotor y por el ambiente acogedor de la comunidad.

3. *Promoción vocacional juvenil*

Esta fase propone con claridad la vocación misionera comboniana en sus expresiones específicas: sacerdote o hermano: 124.3. Esta propuesta es hecha ofreciendo la oportunidad de un conocimiento experiencial de Daniel Comboni y el Instituto: 133.4.

En esta fase prevalece todavía el "descubrir" de una forma predominantemente experiencial, pero implica ya de manera más directa una adecuada comprensión intelectual del carisma comboniano, visto en su núcleo y en su desarrollo histórico. En el ámbito de la promoción vocacional el "descubrir" esta en función de la opción vocacional.

En la fase de la promoción vocacional, con respecto a la comunicación del carisma comboniano, la RF pone el acento sobre el mensaje "testimonial". El mensaje es "testimonial", cuando tiene una substancia suya propia, autenticidad y globalidad. En efecto, existen mensajes que conquistan el destinatario, pero son parciales y hasta no auténticamente cristianos: basta pensar en la tan preciosa y urgente provocación a la solidaridad y al compromiso social.

Dentro del mensaje cristiano, el carisma es un "mucho más" que aferra al cristiano, del cual nace un compromiso radical con particulares situaciones humanas necesitadas de salvación. La vida del mensajero tiene que asentar sobre este "mucho más", despertando en el otro el deseo de unirse también él a la Fuente que da vida...

La figura de D. Comboni puede ser vivida superficialmente y presentada de forma espectacular hasta en su fin trágico; sin embargo, Comboni se mueve sumergido en este "mucho más" que es el amor salvífico del Buen Pastor, que ofreció su vida sobre la cruz por la humanidad (RV 3). El mensaje "testimonial" del carisma irradia ese "mucho más"; entonces el anuncio del carisma es completo en su dimensión teológica y, al mismo tiempo, incisivo y entusiasmante en su dimensión de servicio a los hombres y el joven puede llegar a un conocimiento experiencial de Comboni y del Instituto.

B. *Postulantado*

Empieza en esta fase el "asimilar" el carisma comboniano. En efecto, el postulantado ofrece al candidato la posibilidad de hacer una experiencia inicial del carisma comboniano (261), que lo lleve a elegir el Instituto como comunidad de hermanos, en la cual quiere vivir la consagración y la misión, identificándose con su carisma, estilo de vida y metodología apostólica (271.3).

Esta experiencia inicial se desarrolla entre dos polos:

- el encuentro experiencial con el Fundador, estudiado y contemplado sobretudo en su dedicación misionera, subrayando así el termino "ad quem" del núcleo del carisma (274-275);
- el encuentro y el conocimiento del Instituto y su carisma (276).

En esta fase continua la necesidad de "descubrir", pero ahora en función del comienzo de la asimilación del carisma comboniano, de tal manera que, al terminar el postulantado, el candidato se sienta "afectivamente" comboniano. Este comienzo no se efectúa sin dolor, pues es imposible la asimilación del carisma comboniano sin aprender al mismo tiempo que unas cosas se vuelven más importantes que otras y que el perder algunas cosas buenas nos conduce a ganar otros bienes espirituales mayores, según el designio de Dios sobre nosotros.

El comienzo de la asimilación del carisma introduce en la etapa de purificación de la vida espiritual, que pasa por momentos de "oscuridad", que son preludio de un nuevo nacimiento. Si no acontece esto, significa que la asimilación del carisma esta empezando de la periferia sin alcanzar el "centro" de la persona.

C. Noviciado

El noviciado como etapa de la formación a la identidad comboniana (330), ofrece al novicio la posibilidad de continuar a descubrir, a asimilar y a empezar a profundizar el carisma comboniano, considerado en su globalidad. La asimilación-profundización se desarrolla mediante la *interiorización del carisma*, que constituye el eje de la experiencia del noviciado (347). La interiorización pasa por un decidido *despertar en la vida del espíritu* (229-231;341).

En efecto, a este punto del camino formativo sucede que la realidad carismática que había estado presente en el candidato como "algo" que venia de lo alto y atraía su corazón, ahora se le descubre en plenitud, como una percepción íntima de la presencia personal de Jesús, Buen Pastor, que le hace entender *cómo* el Padre ama al mundo y quiere hacerlo instrumento de ese amor.

En las fases anteriores, el carisma involucraba principalmente los intereses operativos del joven, su gusto por hacer cosas grandes en favor de los otros, ahora empieza a afectar sus convicciones profundas y su conducta moral; así, en contacto con el elemento espiritual central de su vida, el candidato empieza a convertirse en otra persona, en misionero comboniano.

El proceso de *interiorización* y la identidad comboniana se desarrollan en torno a tres dimensiones fundamentales:

1. la experiencia comunitaria, desarrollando el sentido de pertenencia: 449;
2. la experiencia de Dios en la sequela de Jesús Buen Pastor mediante la vida consagrada: 345-346;
3. la iniciación a la misión: 348.

Este proceso de interiorización es puesto en movimiento mediante el *camino ascético*: 329-330. El camino ascético necesariamente pasa por la profundización en el camino de purificación, en el cual hay que enfrentar pruebas o situaciones de oscuridad que revelan la ambigüedad del corazón, y del iluminación, que lleva al conocimiento de sí y al discernimiento de la acción de Dios en la propia vida desde el carisma comboniano (cf 341; 350).

El proceso de interiorización del carisma es motivado mediante *catequesis* sobre temas específicos:

- el Fundador: carisma y espiritualidad, Cartas Fundamentales (Postulantado, Plan, Reglas 1871), sobretodo las Reglas;
- el Instituto Comboniano y su servicio misionero: carisma y espiritualidad; evangelización, animación, misión, formación; historia del Instituto; modelos significativos; organización del Instituto; sentido de pertenencia (353.8.9).

D. Escolasticado/CIFH

El escolasticado es la etapa del proceso formativo en la cual el candidato, profundizando en la identificación con el carisma comboniano (435), es llamado a asumir la *plena identidad* misionera comboniana como sacerdote o hermano (396); es la etapa en la cual el candidato continua a profundizar en la interiorización y en el conocimiento del carisma comboniano en orden al *crecimiento en la fidelidad* (407).

En esta etapa la profundización se desarrolla en torno a tres temas específicos:

- la misión y el carisma comboniano: 453;
- la vida consagrada: 454;
- (el sacerdocio misionero: 455-456).

A este punto del proceso formativo, la profundización tiende a realizarse como experiencia de iluminación y experiencia mística (cf 408; 411.3).

Para aquellos que han despertado en la vida del espíritu y han decidido seguir adelante sin retroceder, comienza la etapa de la *identificación vocacional plena*, en la cual se encontrarán con la verdadera felicidad y la plena satisfacción de sus anhelos profundos marcados por el carisma de Comboni. Entonces, la respuesta vocacional no se vive tanto como una responsabilidad frente a un mundo necesitado o a una institución, sino como una respuesta que da paz y equilibrio a quien ha empezado a comprender a Daniel Comboni, cuando intuye que es posible "sumergirse" en Africa sólo compartiendo hasta el fondo el misterio de Jesucristo en la Cruz y cuando experimenta que cosa significa encarnar la figura del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (38.3.5).

Naturalmente si una persona se detiene al final del primer despertar e interrumpe su camino de purificación, su identidad con el carisma comboniano no llega a la plenitud, sino que se queda en una *situación de crepúsculo*... En este caso, el proceso formativo sería algo como una enfermería, y los formadores, como médicos de esas personas ricas que nunca tienen voluntad de mejorar y disfrutan estando enfermos indefinidamente...

E. Formación permanente

La formación permanente, en continuidad con la formación de base y de acuerdo al carácter evolutivo de la persona humana (517) y del mismo carisma (MR 11), promueve la profundización y el desarrollo de la fidelidad al carisma de Comboni y del Instituto.

En este ámbito los puntos a subrayar son:

- asimilación de la RV (cf 218-219);
- profundización en la experiencia carismática del Fundador y de la Historia del Instituto;
- inculturación del carisma comboniano (539.3).

Naturalmente esto es viable cuando la persona se mantiene despierta en el espíritu y progresa en su camino de purificación e iluminación. Entonces se llega a la situación de uno que busca la fidelidad al carisma, pero al mismo tiempo percibe en su interioridad con paz y alegría que el camino de búsqueda continua...

En efecto, este camino continúa hasta que en la persona lo único que queda es su querer ser fiel a Dios según la vocación recibida; un simple "sí" a la simple presencia de Dios que continúa llamando; la simple aceptación del carisma para la donación de sí a Dios y desde Dios a los hermanos; entonces la persona está hecha una sola cosa con Dios desde el carisma.